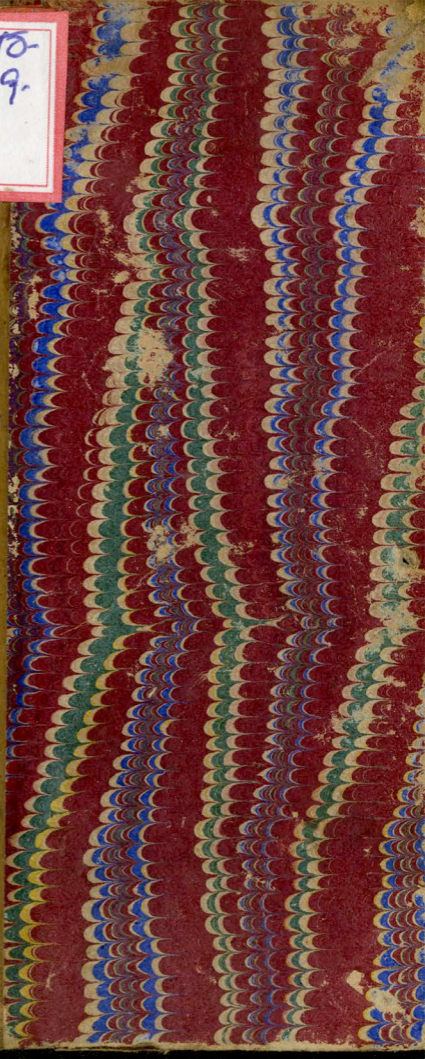


Folletto
c 269.
n° I



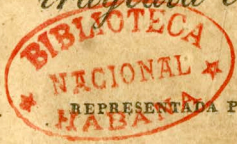
486 - 1

25100

07297

TIBERIO,

tragedia en cinco actos,



REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EN EL
TEATRO PRINCIPAL DE MEXICO EL 8 DE
ENERO DE 1827.

Intimida y corrompe; así se reina.

Acto 1.º

MEXICO: 1827.

*Imprenta del Supremo Gobierno,
no, en Palacio.*

AL C. JOSE MARIA TORNEL.

Despues de espresar mi odio y amarga indignacion contra nuestro antiguo tirano, permita V., mi querido amigo, que dedique al patriota, al ilustrado representante del pueblo, esta tragedia, tributo de mi estimacion y afecto, que llega á sus manos algo mas digna de aprecio por el favor que el público la ha dispensado, y en que tuvieron bastante parte los actores, en particular el eminente artista que nos presentó á Tiberio todo entero, en la plenitud de su pérfida y monstruosa tiranía.

En los primeros albores de nuestra literatura, he querido presentar prácticamente mi concepcion de la tragedia. Este ramo sublime de la composicion aun se halla en la infancia entre los españoles. Cienfuegos, aunque diga Munarriz que le ha dado su estilo, su colorido y su tono, no supo sostenerse en la grave sencillez que conviene á la tragedia, y arrebatado por su imaginacion la precipitó en los raptos y giros brillantes de la poesia lirica, ó la revistió con la espléndida magestad de la epopeya. Yo desco que nuestra juventud se aficione en este género al gusto noble y severo que en nuestros dias inspiró á Victorio Alfieri, Quintana y Marti-

nez de la Rosa. Por eso en Tiberio he querido presentar una accion sin episodios, sin confidentes ni personajes innecesarios, un diálogo animado, un estilo sostenido y simple sin trivialidad, y en verso libre por mas natural, pues no creo á nuestra lengua inferior á la italiana en vibracion y armonia.

Tiberio es ademas un acto solemne de reparacion politica. Me ocupaba en trasladar á nuestra escena con Cayo Graco la elocuencia estruendosa de los comicios, cuando del seno de mi patria me han llegado reconvencciones generosas porque en Sila hice admirar á un tirano, ultrajando la magestad eterna de los pueblos.

No quiero engolfarme en la controversia histórica que envolveria mi justificacion para probar que no fué un tirano vulgar y despreciable el hombre fuerte que en su patria, inundada por él en sangre, depuso una mas que mortal diadema. La mejor espacion de mi falta posible es presentar á la execracion en toda su deformidad á la tiranía personificada en el vil y profundo Tiberio, y trazar en el curso de la tragedia un cuadro rápido y fiel de sus medios y resultados pavorosos. No hay espectáculo mas moral para un pueblo.

Aunque siga yo las huellas de un genio sublime, [*] es acaso demasiada osadia la de tomar el pincel del mas profundo de los historiadores para copiar con rasgos fuertes

(*) M. J. Chenier.

y sombríos la corrupcion de la córte esclava de los Césares. Solo Racine fué digno de imitar á Tácito. Ya pasará algun tiempo sin hacer nuevos ensayos dramáticos, pues voy á dedicarme con atencion esclusiva á la grande empresa histórica en que me ocupo.

Réstame solo decir una palabra sobre esta dedicatoria. No pensaba yo que la suerte me guardase aquí el tesoro de un amigo, despues de haber sido víctima de la perfidia mas vil y escandalosa. V. sin mas causa que la simpatia de una imaginacion poética, me amó al conocerme, y pronto me consagró una amistad agena de todos los motivos que unen comunmente á los hombres. Nada tengo ya que esperar de quien ha hecho por mí cuanto podia esisirse de un hermano el mas amante. Sea cual fuere la parte que me toque en Tiberio, yo la ofrezco á V., porque bajo su techo se ha escrito. Recibala, mi dulce amigo, y cuantos lean este cuaderno sabrán que Tornel posee todo el cariño, toda la amistad de

José María Heredia,

México 1.º de febrero de 1827.

ACTORES.



- TIBERIO, emperador . *Andrés Prieto.*
 SEYANO, ministro *Juan Salgado.*
 AGRIPINA *Agustina Montenegro.*
 PISON, senador *José Fernandez.*
 CNEYO, su hijo *Mariano Bustamante.*
 LOS HIJOS DE AGRIPINA—Comparsas y acompa-
 ña, SENADORES, LIC—ñamiento.
 TORES, GUERREROS &.

La escena es en Roma, en el palacio de
 Tiberio.

ACTO 1.^o

ESCENA 1.^a

PISON, CNEYO.

PISON.

No te engañaron, y Pison de vuelta á su hijo abraza. Comprender ya debes los grandes intereses que me guian al palacio de César, cuando apenas apunta el nuevo sol, y lo que quiero decirte á solas. En la Siria he visto espirar á Germánico. A la pátria le arrebató la muerte prematura. Cual soldado rebelde me trataba, y nuestras disensiones nadie ignora. He huido las provincias do su viuda demandaba mi ruina á veinte pueblos inundados en llanto. Ayer me trajo rauda bajel del Tíber á la boca. Estoy en Roma al fin, y á defenderme vengo resuelto. Dime si Agripina al Senado ya habló, si los Romanos ecsalan contra mi sus maldiciones? ¿Qué dicen César y su madre Livia? ¿Me amenaza tambien el vil Seyano?

CNEYO.

A Agripina esperamos: no ha venido.

2
PISON.

Cielo!

CNEYO.

Mas hoy debe llegar, trayendo
los restos de Germánico.

PISON.

¿Que dices?

CNEYO.

A observarla sin duda fuè Seyano.

PISON.

Mas, di, Tiberio y Livia....?

CNEYO.

Padre mio,
su funesta mansion hoy he pisado
por la primera vez. Solo el deseo
de volveros á ver y de abrazaros
pudo aqui conducirme. Aqui Tiberio
encierra un luto de que Roma duda.
Ya sabeis que á Germánico envidiaba,
y todos dicen que Tiberio y Livia,
en la comun desgracia venturosos,
ocultan su sacrilega alegria,
no su dolor.

PISON.

¿Y el pueblo?

CNEYO.

Idolatraba
al príncipe magnánimo, y le llora.
Do quier su elogio unánime resuena,
y todos los Romanos verdaderos
acusan à la suerte de tirana.

PISON.

Yo, Germánico, yo sentirte debo.

CNEYO.

Si, le llorais y con placer lo escucho.
 ¿Quien dividiros pudo? Cuando Roma
 su primera victoria celebraba,
 creimos ver en Germánico un Camilo,
 y aun algunos pensaban que debia
 volver su gloria y libertad à Roma.
 Oh! cuantas veces de esperanza lleno
 dije entre mi: „Para tan bellos dias
 me preparó mi padre!” Si, vos solo
 me enseñasteis el precio y la dultura
 de la austera virtud. Vos me llevabais
 à nuestras plazas públicas y en ellas
 me mostrábais en mármol las efigies
 de nuestros padres nobles que inclinaban
 sobre su descendencia envilecida
 la acusadora faz. Yo respiraba
 su espíritu de vida: en medio de ellos
 recobraba la pátria, y os oia
 con profunda atencion la historia triste
 del siglo en que vivimos: lamentaba
 de Julio César la fatal victoria.
 Miraba à Roma en la tribuna libre
 prestar à Tulio inspiracion divina,
 à todos nuestros dioses refugiados
 del sublime Caton en la alma fiera,
 y à los valientes últimos Romanos
 que al Estado vengaron, cuando à César
 omnipotente, en el Senado herido,
 quitò el puñal lo que le diò la espada,
 y à los mármóreos pies del gran Pompeyo
 à su sangriento vencedor postraron.

PISON.

Hijo mio, tu abuelo generoso

vió á nuestra libertad idolatrada
 ceder con Bruto á la pujanza impia
 del vil Antonio y Lépido y Octavio.
 Este por fin fué el único heredero
 del sangriento furor de los triunviros,
 y encadenò clemente al universo.
 Agripa á la victoria conducia
 sus huestes valerosas, y Mecenas
 bajo las palmas bellas de las artes
 ocultaba la sangre y los cipreses.
 Se olvidaron de Octavio con Augusto,
 y en su favor las Musas acallaron
 la indignacion de la severa historia.
 En el seno de Roma esclavizada
 hablaba de república, y burlando
 del pueblo seducido la obediencia,
 su poder afianzaba con el nombre
 dulce de libertad. A mi estendiose
 su encanto vencedor, y de las fasces
 la vana pompa dividió conmigo.
 Cuando el destino y Livia con su muerte
 dieron un nuevo Dios á los Romanos,
 su heredero Tiberio me retuvo
 en aqueste palacio, y me abrumaron
 sus beneficios bárbaros. He visto
 aquí á los caballeros, al Senado,
 á Roma entera y al imperio todo
 venderse á la ignominia y servidumbre
 y en ellas despenarse.

CNEYO.

Entre esos viles,
 émulos de delitos y de infamia,
 pronto se hace enemigo el inocente.
 Cuando todos sucumben abatidos

al crimen insolente y venturoso,
 ¡ay de los ciudadanos generosos
 cuya gloria en la guerra ò la tribuna
 impaciente à Tiberio, que aborrece
 toda fama y honor! Los delatores
 que le venden su voz y su vil pluma,
 vienen à regatear las proscripciones.
 De la justicia la balanza augusta
 èl solo inclina ya, callan las leyes,
 y el Senado le mira, y en sus ojos
 busca su voluntad, y la decreta.
 Tiberio vè postrado al universo
 à sus plantas temblar, y èl mismo siente
 las inquietudes y el terror que inspira.
 En sus ojos, que crimen siempre ordenan,
 su ministro adivina sus mandatos,
 que el cielo hizo nacer en su venganza
 à Tiberio feroz para Seyano,
 y al vil Seyano para el cruel Tiberio.
 Si de vos y Germànico no hubiesen
 atizado el rencor, mejores dias
 nos lucieran tal vez. El pueblo gime
 ya del poder despòtico abrumado,
 y el nombre de repùblica sublime
 espantò al opresor hasta en su corte
 cuando la ilustre Junia, hija y hermana
 de los Romanos ùltimos, reunida
 se viò por fin à sus sangrientos manes.
 De sus altos abuelos las estàtuas
 iban ante el cadàver, y entre todos
 Casio y Bruto brillaban por su ausencia.
 Mas ¿que digo? El tirano ya no puede
 dormir en paz. En la callada noche
 el terror le fatiga y le atormenta,

De mil y mil Romanos oprimidos
se despierta el dolor, y sus clamores
conducen à Tiberio estas palabras:
„Vuéivenos á Germánico!”

PISON.

Pudiera
devolvèrselo yo! Mas ¡ay! te admiro,
y me avergüenzo....

CNEYO.

Vos!

PISON.

Aunque renazca
la libertad, gozarla ya no puedo,
pues à Tiberio bárbaro he servido.
Tu debes reanimar de tu familia
el débil esplendor, de los Romanos
ser el ejemplo y el filial modelo.
Huye siempre al tirano, y libre y puro
conseguirás vivir.—Ya los lictores
anuncian que se acerca. Vè, hijo mio,
y habla con mis amigos, tan ardientes
en otro tiempo: todos me debieron
apoyo y proteccion: que hoy me defiendan,
si su amistad sincera sobrevive
à mi prosperidad.

CNEYO.

Vuelo à serviros.

Aun debeis esperar. Vuestro hijo al menos
fiel ha de seros siempre.

ESCENA 2.^a

TIBERIO, PISON, SENADORES,
LICTORES.

TIBERIO.

Senadores,
por tan alta bondad os rindo gracias.
Este dolor solemne que hoy aflige
de la pátria á los padres, me consuela.
Secais mi llanto con llorar conmigo.
Mas ¡que! ¿Sois vos, Pison?

PISON.

Y os busco, Cèsar.
A solas quiero hablaros.

TIBERIO.

Apiadaos
de este dolor de un padre à quien abruma
su infortunio cruel. En el Senado
se tratará de vos. En mi no abrigo
de una injusta venganza los descos.
Mas ¿no sabéis, Pison, que ya Agripina
à Roma và à llegar...?

ESCENA 3.^a

SEYANO Y DICHOS.

SEYANO.

En este instante
llega Agripina. En Brindis la esperaban
doscientos pretorianos. A la aurora
de un dia melancòlico su nave,

cortando el mar oscuro y silencioso,
 nos hizo ver sus enlutadas velas.
 Desembarca Agripina con sus hijos
 y la urna de Germánico, y el pueblo
 se agolpa à recibirla, y mudo llora.
 Mas cuando el carro fúnebre penetra
 en la ciudad, se tienden cien mil brazos,
 cien mil gemidos lúgubres resuenan,
 y á la viuda y los huérfanos circunda
 la pompa del dolor. En la Campania
 y en los campos apulios se abandonan
 templos y tribunales, y los pueblos
 les vienen à oírecer incienso y llanto.
 Los cònsules encuentran à Agripina,
 y aun por la noche con nosotros marcha,
 con sus hijos dormidos en el seno.
 La luz del nuevo dia nos descubre
 el camino sagrado en que su esposo
 volvió con los sangrientos estandartes
 del triste Varo. Presto Roma entera
 la saluda y la sigue, y à su lado
 del héroe muerto la severa sombra
 en su luto triunfal se ensoberbece.
 Vén abatidas las àguilas do quiera,
 y vi à los veteranos silenciosos,
 tristes, bajar las lanzas. Escuchaba
 que todos por Germánico gemían.
 Cual hijo los ancianos le lamentan,
 como padre los niños, los soldados
 como un dios vengador, y Roma toda
 como su genio tutelar. Afirman
 que à la espirante luz de tibio fuego
 la vestal ha temblado; por los templos
 resuena lento y lúgubre sonido,

y hasta sobre el altar se agita el marmol,
y el acero se ablanda y llanto vierte.

TIBERIO.

Id, Senadores, donde Roma os llama;
saludad à Agripina. Yo os espero.

Pison, en este instante yo os dispense
de presentaros al Senado. A solas
consiento en escucharos, mas ahora
recibir à Agripina me es forzoso.

PISON.

Yo mismo, Cèsar, en Senado pleno
à escucharla vendré. Sabreis entonces
lo que oso pretender. Yo, determino
sostener inmutable mis derechos
sin esperanza ni temor alguno.

ESCENA 4.^a

TIBERIO, SEYANO.

TIBERIO.

Germànico en el seno de la nada
tras su carro de muerte arrastra à Roma,
y triunfa de Tiberio. Me es preciso
temer la vuelta de su viuda altiva,
y hasta à Pison que á la venganza suya
intento abandonar, porque no creo
que el infortunio mismo haya doblado
la altivez de su genio. Fué ambicioso,
y en el abismo le arrojé del crimen.
Fué mi instrumento dòcil: hoy se muestra
víctima indòcil, y de sus mayores
aun respira la audacia y la soberbia,
y à la pátria conserva en su hijo Cneyo

la severa virtud que él ha perdido.
 Ya de Pison la pérdida he resuelto.
 ¡Cual será largo, amigo, aqueste día!
 Germánico murió, mas no su fama.
 Satisfagamos á este Dios de Roma,
 y del inquieto ejército: que obtenga
 tumba, venganza y sempiterno olvido.

SEYANO.

Contento quedareis; á un fiel agente
 ya preparado tengo; ese Fulcinio,
 el nuevo senador, se constituye
 á acusar á Pison: mandad, que nada
 á su obediencia cuesta, y su conciencia
 solo hace consistir en agradaros.

TIBERIO.

Su lealtad agradezco: le he dictado
 ya todas sus palabras. Pero Roma
 va á murmurarme: su ignominia busca,
 y se irrita despues, y osa injuriarme.
 De su Augusto la hipócrita clemencia
 acalló los partidos fatigados,
 y me legó los hijos insolentes
 de los proscriptos. Hâbil mas que grande,
 y mas que hábil feliz, vivió tranquilo
 aunque triunfó de un pueblo, y me ha dejado
 el odio y saña que sembró el triunviro
 con sus matanzas fieras. El reinaba;
 yo á fuerza de poder solo gobierno.
 Roma con su silencio ò sus clamores
 me advierte mis peligros cada dia,
 y á mi tediosa corte me destierra.

SEYANO.

¿Por que inquietaros? ¿El señor del orbe
 esclavo ha de vivir? El viejo Augusto

en los bellos jardines de Caprea
del imperio las penas olvidaba.

Alli un cielo teneis siempre sereno,
noches siempre apacibles. Alli Cèsar
entre delicias mi, omnipotente
puede vivir, mas grande por su ausencia,
dejando a sus estatuas que reciban
la adoracion de Roma, y semejante
á las deidades que la tierra adora,
dictará sus oráculos sagrados,
dispensará benigno sus bondades,
ò el trueno lanzará de la justicia,
gobernando invisible al universo.

TIBERIO.

Ese momento porque auelo tanto
miro en el porvenir. Mas aun es fuerza
vivir en Roma odiado aunque temido,
arrastrando mi vida atormentada
de peligro en peligro.—Cuando todo
la ruina de Pison nos asegura,
vé tú, ministro fiel, á quien tan solo
dispenso en Roma la confianza mia,
intimida y corrompe, así se reina.

A Roma dejaré que me deteste,
con tal que de mi tiemble. Si la envidia
abatida á tus pies, mira tu estatua
incensada do quier, merece ahora
que te admita conmigo al consulado.

ACTO 2.º

ESCENA 1.ª

TIBERIO, PISON, CONSULES,
SENADORES.

TIBERIO.

Vuestras sillas tomad, padres conscriptos. Sin aprobar, Pison, vuestra arrogancia, la sé estimar: digna es de vos.—Lictores, haced entrar la viuda de mi hijo.

ESCENA 2.ª

DICHOS, AGRIPINA Y SUS HIJOS,
PONTIFICES, MAGISTRADOS,
GUERREROS, LICTORES.

AGRIPINA.

César, padres conscriptos, que de un héroe llorais la muerte infausta, estremeceos á vista de sus restos. Con mi esposo salí de mis hogares, y á ellos vuelvo con su gloria, y cercada de campeones testigos de sus triunfos y su muerte. ¡Deidades vengadoras! ¡Y en que estado

vuelve á Roma Germánico! Cuan otro
 del que en carro magnifico de triunfo
 fuè al capitolio, vengador de Varo,
 á deponer de Arminio los despojos
 ensangrentados! ¡Ay! vuestra delicia
 aqui se encierra con mi heroico esposo.
 Ya no os ecsige triunfo: en el sepulcro
 contra el odio mortal se ha refugiado.
 Hijos mios, consuelo y esperanza
 de una madre, llegad. Aqui, Romanos,
 aun respira Germánico en sus hijos;
 ved el único bien que me ha quedado.

TIBERIO.

Yo de hija el nombre tierno te destino.
 Cèsar te queda: tu familia es Roma.
 Adoptad, Senadores, á los hijos
 augustos de los Césares; formadlos,
 en tanto que sentado entre los dioses
 los contempla su padre, y algun dia
 imitando su ejemplo, serán dignos
 de vosotros y Roma.

AGRIPINA.

Agradecida
 consigno á la tutela del Senado
 mis hijos, mas no acepto los favores
 de un senador que persiguiò á mi esposo.
 En mi presencia está. Yo no pensaba
 que me osase escuchar en este dia.
 Compañeros del héroe que lloramos,
 decid, si tramas pérfidas y ultrajes
 no llenaron de penas su ecsistencia?
 Contra la vil traicion luchaba en vano,
 y era su autor Pison.

Sin deshonrarme con ausencia cobarde, habia resuelto guardar silencio, pues pensé que César respondiese por mí. Puesto que calla, lo haré yo mismo. Presto sabrá Roma quien sublevó el ejército. Agripina llama atentado lo que fué infortunio. Mas en otra provincia, en otro tiempo, no era yo de Germánico teniente, y miró sus legiones sublevadas.

Ya el águila en su vuelo tempestuoso amagaba á la patria: las banderas se amancillaron, y corrió la sangre. Y esto ¿cuando pasó? Cuando Tiberio la sombra honraba del difunto Augusto, al principio de un reino, época propia de conspirar, y cuando los soldados pudieran fomentar con sublevarse la ambicion de otro César.

AGRIPINA.

Enemigo de un héroe muerto, gracias os tributo porque elegisteis en su vida entera el bello instante en que brilló mas pura su fé al emperador. En la Germania tronó la rebelion, y los tribunos á par de los hollados estandartes perecieron. Germánico aparece: le cercaba el peligro, y á su lado me hallaba yo. „¿Do están, el héroe dijo, „las legiones de Roma? ¿En este dia „decid, que nombre os puedo dar? ¿Soldados? „La voz desconoceis de vuestro jefe.

„¿Ciudadanos tal vez? Hollais las leyes.
 „Sublevado su campo allá en la Galia
 „vió Julio César; exclamò ¡Romanos!
 „y todo terminó. Ved las banderas
 „que os dió Tiberio. ¿Contaré á mi padre
 „que sus soldados bárbaros é impios
 „ya solo saben degollar Romanos?
 „Heridme, y que otro gefe á la victoria
 „os conduzca de hoy mas; heridme, digo,
 „ò bien seguidme, si adorais la gloria,
 „y yo al emperador mañana escribo
 „vuestros combates, vuestro triunfo hermoso,
 „y no vuestros errores.” Dijo el héroe,
 y en la sangre Germana las legiones
 lavaron sus delitos. Oh Vétilio,
 Décimo, Mennio, responded. ¿No es cierto?
 Ved, oh César! las lágrimas que vierten
 al estender los brazos mutilados.
 Creed su dolor. Siempre á mi esposo vieron
 obrar, pelear, y ornarse con el triunfo
 solo por vos; y á vista de sus restos,
 aqui, en pleno Senado; hay quien se atreva
 á insultar á vuestro hijo en su sepulcro!

PISON.

Yo no pretendo calumniar su gloria.

AGRIPINA.

¿Y como dices que él de los soldados
 quiso tentar la fè? Mi noble esposo
 no era como Pison; siempre fué puro,
 su fè siempre sincera. Tú le ultrajas....
 Si el respirára, pèrfido...!

PISON.

Tiberio!

AGRIPINA.

Si aun brillara triunfante entre nosotros
Mas hele en su urna...

PISON.

¿No escuchais, Tiberio...

AGRIPINA.

Su magnánima sombra te confunde.
Te demudas..!

PISON.

¿Por que? Yo no le acuso,
me defendiendo no mas. ¿Porque furiosa
evocais contra mi su sombra ilustre?
Vuestro llanto, Señora, y vuestras quejas
de la justicia la balanza inclinan
contra Pison. No soy el que otro tiempo
dividió con Augusto el consulado.

TIBERIO.

Tan solo á la justicia y á las leyes
hoy debeis atender, ¡oh Senadores!
no al rango de Pison, ni á sus hazañas,
ni á mi dolor, ni al llanto de Agripina.
No os es dado atender á la clemencia,
mas no olvideis que la equidad acaba
donde empieza la cólera.

PISON.

Es preciso
que me explique por fin: asi lo quieren,
y asi será. Bien pronto los Romanos
de un gran secreto quedarán instruidos.
Adios, padres conscriptos: nada temo.
Vos, César, hoy me escuchareis sin duda.
Solos en libertad hablar podremos
del héroe cuya viuda, hijos y sombra
vemos los dos. Yo pude aborrecerle,

mas le supe admirar. Ambos tenemos
derecho de llorar su muerte infausta.

ESCENA 3.^a

DICHOS, MENOS PISON.

TIBERIO.

Es verdadero su dolor. ¿Acaso
será remordimiento el que le agita?
No quiero verle mas; no, Senadores.
Pero sin duda se requieren pruebas,
y mañana Fulcinio ante vosotros....

AGRIPINA.

Que! Fulcinio se atreve á protegerme...!
¿El deberá elogiarte, noble esposo?
Puede él siquiera conocer tu fama!
¿Ha aprendido en la corte de Seyano
lo que es una legion? ¿De que le nace
este zelo tan férvido? ¿Que espera?
¿Aumentar con infamia su fortuna?
solo acuso á Pison, no a sus riquezas.
Escuchad los informes venerables
de aquestos veteranos, y que os cuenten
de Germánico noble las hazañas,
y cuantas veces derramò su sangre
del Danubio en las márgenes y en Siria
por Roma y vos, sus riesgos y virtudes,
y de Pison las tramas, y sus penas.
O haced que callen, y el aspecto solo
de esta úrna funeral, y el nombre y restos
del noble vencedor de los Germanos,
sabrán hablar con elocuencia al pueblo.

á los hijos piadosos. Sea cual fuere el oprobio paterno, nunca un padre puede ser criminal para sus hijos.

TIBERIO.

El Senado tambien se identifica á tan noble sentir. Oh jóven Cneyo, digno del tiempo de la antigua Roma, á vos de un padre la defensa encargo. ¡Ojalà nos probeis que es inocente! Cònsules, Senadores, Magistrados, que á Germánico amábais, con su viuda id al campo de Marte, y sus cenizas juntad allí con las de Augusto y Cèsar. Evitad á mis ojos doloridos la pompa funeral. Livia su abuela, su madre Antonia lloraràn conmigo en triste soledad. Que Roma entera con un dolor unànime acompañe sus restos venerables á la tumba. Pero èl mismo en nosotros reprobaramas largo abatimiento. Los caudillos, principes y hèroes, astros de un momento, se apagan en la noche del sepulcro. Roma les sobrevive y es eterna.

AGRIPINA. (*)

Idolatrado esposo, al fin es fuerza separarme tambien de tus cenizas hasta la hora final que á ti me vuelva. Nuevo y sublime dios de los Romanos, mira del cielo á la enlutada Roma, viuda tambien de ti: sosten, protege á tu esposa, tu ejèrcito y tus hijos.

(*) *Abrazando la urna.*

ACTO 3.º

ESCENA 1.ª

TIBERIO, AGRIPINA.

AGRIPINA.

He seguido á mi esposo hasta las tumbas
 dó reposan los Césares. No vengo
 á atizar vuestra saña vengadora
 contra Pison: fui esposa, y aun soy madre,
 y os imploro, Tiberio, por mis hijos.

TIBERIO.

Mal disfrazan tus ruegos tu soberbia.

AGRIPINA.

¿En este estado me acusais de orgullo?

TIBERIO.

Si: hasta en tu llanto y tu dolor fastuoso
 se deja traslucir. Allá en la Siria
 muere tu esposo, y con sus restos corres
 todo el imperio, en pos arrebatando
 los pueblos y ciudades. En su muerte
 Julio y Augusto, á quienes Roma adora,
 menos luto escitaron: menos luto
 cubrió á la pátria en los aciagos dias
 en que Anibal en Cannas y en el Trebia
 casi eclipsaba su inmortal destino,
 y en que madres y huérfanos y viudas
 demandaban á Varo sus legiones.

AGRIPINA.

¿Y no contais por deplorable el día que viò morir al sin igual caudillo que los manes de Varo y sus legiones supo acallar?

TIBERIO.

Ya basta: no presumas á Tiberio abrumar con tanta fama. Antes que tu Germánico he mandado huestes romanas, y al vencido Parto hice volver de Craso las banderas. Cuando Varo en Germania con su muerte espiaba su terror, yo contenia la furia de sus fieros vencedores. Una vez y otra vez ceñì mi frente con la palma triunfal, mas nunca osado insulté en su palacio al otro César, ni ansiè el favor del pueblo envilecido.

AGRIPINA.

¿Si envilecido está, quien le envilece? ¿Dispongo yo de su favor? Mi esposo con crímenes lo obtuvo, ò con hazañas? Adoraban su nombre veinte pueblos; murió, y en su urna funeral derraman llanto de gratitud. ¿Debì yo acaso prohibirselo feroz? ¿Debiò su viuda, cómplice de Pison, decir á Roma: „Este luto solemne indigna á César; „es criminal quien á los héroes llora.”

TIBERIO.

Tales son las palabras insolentes que vierten tus amigos, y te halagan. Solo un pesar te aflige: que no reinas.

AGRIPINA.

Dioses!

TIBERIO.

Ya en otro tiempo lo mostraste
cuando del Rin las márgenes te vieron
en un carro pasear tu jóven Cayo
con el nombre de César.

AGRIPINA.

¿Y este nombre
ya no le toca? ¿Pierden sus derechos
los hijos de Germanico?—¿Cual era
tu esperanza final, esposo mio,
cuando en tu lecho de dolor reunias
tus hijos, y abrazándolos regabas
con profético llanto sus mejillas!
Entonces los legabas á Tiberio.
„Yo le he servido bien, me repetias,
„y él á mis hijos servirá de padre.
„El te protegerá...”

TIBERIO.

¿Por qué renuevas
memoria tan fatal? Asi eternizas
ese inútil dolor. El infortunio
al débil doma y al constante cede.—
¿Que me pides por fin para tus hijos?

AGRIPINA.

Que los alzeis al rango á que los llama
su nacimiento, y que de Druso al lado...

TIBERIO.

Que! ¿ya te olvidas de que Druso es mi hijo?

AGRIPINA.

Dos hijos vuestros veneraba Roma,
y cual padre Germanico os miraba.

TIBERIO.

De mi gloria el rival...! El...! hijo mio!
Augusto me lo impuso.

AGRIPINA.

Como Livia
le hizo adoptaros.

TIBERIO.

¿Como temeraria
osas saberlo y repetirlo? ¿Acaso
quieres tentar mi autoridad suprema?
A tus hijos educa, y en sus pechos
no atizes un orgullo peligroso.
Que se formen, que aspiren á la gloria,
pero nunca al imperio.

AGRIPINA.

Ya conozco
que os irrita mi voz. Seyano viene.
Si aprender á reinar deben mis hijos,
delante tienen el mejor modelo.
Sabe reinar Tiberio. Su prudencia
yo les aconsejara que imitasen,
y de Augusto benigno la clemencia;
que á la vil delacion y á la lisonja
cerrando sus oidos, los abriesen
á la augusta verdad y al infortunio.
Menos brillante suerte les espera.
Adorados serán, y no temidos.
Les dejará su madre por herencia
un magnánimo orgullo, una alma pura.
La gratitud bendecirá sus nombres.
Respetarán la autoridad de César,
podrán á Druso obedecer, mas siempre
serán del gran Germánico los hijos.

ESCENA 2.^a

TIBERIO, SEYANO.

SEYANO,

Cuando por la venganza de Agripina
inmolais á Pison, ella os ultraja!

TIBERIO,

Si: sus hijos apenas han nacido
sueñan en el imperio.

SEYANO.

Ella fomenta
su anelo criminal.

TIBERIO.

Desde su cuna
el paterno laurel los ha cubierto.
Ya respiran la audacia de su madre,
y de Cayo en los ojos entreveo
los vicios todos del terrible Sila,
sin su virtud sublime y su grandeza.
Ha nacido opresor: apenas habla,
y su infancia tirànica murmura
injurias insolentes y amenazas.

Caiga Roma en sus manos! Mi odio frio
con placer le conserva á los Romanos.
Oprimidos y hollados por el hijo
maldeciràn al padre á quien adoran,
llorando con Caligula á Tiberio.

SEYANO.

Sin recordar la ingratitud de Roma,
largo tiempo reinad para su dicha.
Presentad al Senado criminales
que condenar: vuestro poder afirman

Las dignidades, el favor y el oro.
 Los jueces de Pison, si es necesario,
 aun à Agripina condenar pudieran.
 Os anuncio que Nata, Balbo y Afer
 de todos vuestros viles enemigos
 se quieren constituir acusadores,
 y sole aguardan que se digne Cèsar
 designarles la víctima.

TIBERIO.

Agripina
 me mira con pavor; yo sin temerla
 mi venganza preparo y su castigo.
 Quiero que de Germànico la viuda
 consigo precipite à sus parciales
 Silio y Sabino, ocultos enemigos
 que murmuran de mi. Cremucio dicen
 que la historia de Roma está escribiendo.
 Sin duda al porvenir incesorable
 denuncia en ella la memoria mia.
 El atrevido Escauro en sus tragedias
 pinta con negra sombra à los tiranos.
 Yo su modelo soy: à Roma toda
 me designa en la escena. Ambos desprecian
 la multitud de cuya mente y labios
 dispone mi oro. Un príncipe absoluto
 debe ahogar los talentos que no pueda
 comprar y envilecer.— Mas consumemos
 el primer sacrificio. El bien de Roma
 quiere la muerte de Pison....El llega.
 Sal, pero no te alejes. Cuando él parta,
 vuelvè.

ESCENA 3.^a

TIBERIO, PISON.

PISON.

Por fin, Tiberio, estamos solos,
 y escucharme podeis. En toda Roma
 tan solo encuentro frentes enemigas.
 Dadas están mi vida y mis riquezas.
 Ah! Tiberio es prudente, pero ¿es justo?
 Al amigo y al cólega de Augusto
 van á juzgar, de castigarle se habla,
 y de la ley la espada está suspensa
 sobre un patricio nieto del gran Numa.
 Estraña union! Seyano y Agripina
 se ligan contra mí, y el vil Fulcinio,
 aprendiz senador, ya por costumbre
 descende á delator para perderme,
 ¡y vos lo consentis!

TIBERIO.

Apasionado

os cesaltais. No es delator ni infame
 el que denuncia un crimen y le acusa.
 Este derecho que os parece odioso
 útil fué á nuestros padres. Ellos vieron
 á Ciceron, al orador famoso,
 plebeyo consular, cuya elocuencia
 acusò fulminando los delitos
 de Léntulo, Ceteo y Catilina,
 y hasta contra un Pison se armó severo.

PISON.

¿Acaso es nuestro siglo semejante
 al tiempo de que hablais? Reinaba entonces

la libertad en Roma, y hoy en ella reina César no mas, y él solo es libre. El al Senado sus palabras dicta: mi sentencia está dada; el vil Seyano dirige aquesta trama. — Pero César habrá las consecuencias meditado, y sabrá los recursos y derechos del acusado.

TIBERIO.

César solo ha visto su inflexible deber.

PISON.

¿Con que es forzoso que en todo criminal caiga el castigo?

TIBERIO.

Si, con tal que haya pruebas. Lo requiere asi la ley.

PISON.

Castigarán á César.

TIBERIO.

¿Quien osará acusarle?

PISON.

Yo.— Tranquilo mostraré vuestras órdenes sangrientas en el Senado plebo.

TIBERIO.

Temerario!

¿Las osaste guardar?

PISON.

Os conocia.

TIBERIO.

Y ¿no sabeis la suerte que reservo á los audaces?

PISON.

Que me den la muerte solo. podeis mandar. Verán entonces si la arrostra Pison con firme aliento, ó si ha perdido imbécil cuarenta años en el campo de honor.

TIBERIO.

Vuestra arrogancia estimo sin temerla, y vuestro riesgo me interesa por vos. Recto el Senado con escándalo os viera á Roma toda divulgar sin pudor unos decretos falsos tal vez, ó mal interpretados. Mereced mi clemencia con respeto. Pensad, Pison, que yo de mi defensa estoy seguro. Al confesar el crimen os entregáis á la sangrienta pena.

PISON.

Tengo derechos sobre vos, Tiberio, vuestro cómplice soy.

TIBERIO.

Pison!

PISON.

¿Acaso

pretendeis que os adule con mi muerte, y, complaciente víctima, al verdugo tienda mi cuello, bendiciendo á César? ¿Vos, osando llorar el mal que hicisteis, quereis en vuestros míseros agentes castigar vuestros crímenes? Conmigo juro que no lo hareis: Sera forzoso que de Pison el juez tiemble acusado.

TIBERIO.

Jamás! sabré severo confundirte.

la libertad en Roma, y hoy en ella
reina César no mas, y él solo es libre.
El al Senado sus palabras dicta:
mi sentencia está dada; el vil Seyano
dirige aquesta trama. — Pero César
habrá las consecuencias meditado,
y sabrá los recursos y derechos
del acusado.

TIBERIO.

César solo ha visto
su inflexible deber.

PISON.

¿Con que es forzoso
que en todo criminal caiga el castigo?

TIBERIO.

Si, con tal que haya pruebas. Lo requiere
asi la ley.

PISON.

Castigarán á César.

TIBERIO.

¿Quien osará acusarle?

PISON.

Yo.— Tranquilo
mostraré vuestras órdenes sangrientas
en el Senado plebo.

TIBERIO.

Temerario !

¿Las osaste guardar?

PISON.

Os conocia.

TIBERIO.

Y ¿no sabeis la suerte que reservo
á los audaces?

PISON.

Que me den la muerte solo podeis mandar. Verán entonces si la arrostra Pison con firme aliento, ó si ha perdido imbécil cuarenta años en el campo de honor.

TIBERIO.

Vuestra arrogancia estimo sin temerla, y vuestro riesgo me interesa por vos. Recto el Senado con escándalo os viera á Roma toda divulgar sin pudor unos decretos falsos tal vez, ó mal interpretados. Mereced mi clemencia con respeto. Pensad, Pison, que yo de mi defensa estoy seguro. Al confesar el crimen os entregas á la sangrienta pena.

PISON.

Tengo derechos sobre vos, Tiberio, vuestro cómplice soy.

TIBERIO.

Pison!

PISON.

¿Acaso

pretendeis que os adule con mi muerte, y, complaciente víctima, al verdugo tienda mi cuello, bendiciendo á César? ¿Vos, osando llorar el mal que hicisteis, quereis en vuestros míseros agentes castigar vuestros crímenes? Conmigo juro que no lo hareis: Sera forzoso que de Pison el juez tiemble acusado.

TIBERIO.

Jamás! sabré severo confundirte.

Con solo una mirada ya podría
responderte. Si Roma me detesta,
tiembia à mi voz.

PISON.

Mi vida os abandono;
para mi ya acabò.

TIBERIO.

Tienes un hijo,
y aun temeràs....

PISON.

Cruel...! te atreverias....?

TIBERIO.

Un hijo que te adora, y al que debes
amar.

PISON.

Si le amo...!

TIBERIO.

Y que por ti muriera.

PISON.

Sè de lo que es capaz su alma sublime.
Padre menos culpado merecia,
y el único castigo que me aterra
es ser indigno de él, es el legarle
la ignominia, el oprobio....

TIBERIO.

Podeis creerlo?

A él, oprobio! Jamás! Para la gloria
nació Cayo feliz, y ya la obtiene
con querer defenderos.— Y aun en caso
de que os haga su víctima un partido,
¿por que acusaros al morir de un crimen?
¿Falta acaso valor en vuestro pecho
para sufrir la muerte? Los Pisones,
vuestros abuelos, en la lid sangrienta

por la pátria espiraban, pero en Roma
á sus contrarios viles confundian.

La muerte se desprecia, no la infamia.

Pero ¿ que digo ? La sentencia vuestra
aun no se ha dado. ¿ Es César por ventura
quien amenaza, y el imperio todo
subleva contra vos ? Es Agripina
quien mueve al pueblo, y....

PISON.

Agripina es justa,
y cumple su deber con acusarme.

Mas justo es su rencor de lo que piensa.

Sabe mi rebelion, mas aun ignora
el mayor crimen. Vos, que lo mandasteis
y ahora me abandonais, César, oidme.

Deponed el orgullo que os embriaga.

Creed que es tormento para mi la vida
sin gloria y sin virtud, con el recuerdo

de nuestro crimen. Sufriré tal pena,
aunque es atroz, por el honor de mi hijo.

Roma abatida y el imperio todo
calla ante vos, ó á vuestras plantas gime.

Solo á vos corresponde mi defensa.

Si, César, meditadlo. Si mañana

ese Fulcinio vil, ú otro me acusa,

ante Agripina y el Senado entero

vereis leer vuestras órdenes horribles,

y aunque no se sorprendan los Romanos,
sabrán que á su hijo envenenò Tiberio.

Adios, César.

TIBERIO.

A Dios. — Mañana, dices..!

Aun me queda la noche. — Ven, Seyano.

ESCENA 4.^a

TIBERIO, SEYANO.

SEYANO.

¿Que me mandais, que pretendeis, oh César?

TIBERIO.

Impedir un designio pernicioso.

SEYANO.

¿De Pison?

TIBERIO.

Me amenaza, y aun pretende presentarse mañana en el Senado à leer alli mis órdenes.

SEYANO.

La noche

aun no baja....

TIBERIO.

Esta noche la postrera debe ser de Pison—Mas traeme á Cneyo.

SEYANO.

¿Que intentais? ¿Su castigo...?

TIBERIO.

Fascinarle,

y acariciar su juventud incauta con afabilidad. De aqueste modo alejo las sospechas. —Esta noche haz que el palacio de Pison embista el pueblo sublevado, proclamando de Agripina y Germánico los nombres, sin mentar à Tiberio: que amenaze, mas que no vierta sangre. Que presidan la sedicion nuestros agentes fieles. Al sonar los clamores furibundos,

junta el Senado aquí, ven á decirme
que comienza el motin, y á tu prudencia
daré nuevos mandatos.

SEYANO.

A serviros

corro veloz.

TIBERIO.

Y cuando á Cneyo traigas
di que me avisen: estaré con Livia.

SEYANO.

Os consagran Seyano y sus amigos
toda su sangre. ¿ Los tendreis presentes ?

TIBERIO.

De mi obtendrán el premio merecido.

SEYANO.

¿ Una mirada de favor ?

TIBERIO.

Mi afecto,

y mis tesoros y poder.

SEYANO.

¿ Y Nata

Afer y Balbo?

TIBERIO.

Crédito, y empleos
de cuestores y ediles.

SEYANO.

¿ Y que pago
obtendrán los agentes mas oscuros
de la sublevacion ?

TIBERIO.

Oro.

SEYANO.

Y Fulcinio ?

TIBERIO.

La pretura en Sicilia.

SEYANO.

¿Y los clamores
de ese pueblo importuno?

TIBERIO.

Pan, el circo,
y un sacrificio público á los dioses.

 ACTO 4.º

 ESCENA 1.ª

CNEYO, SEYANO.

CNEYO.

Seyano, ¿ es cierto ? ¿ quiere verme César ?

SEYANO.

¿ No osábais pretender honra tan alta ?

CNEYO.

Joven, desconocido de Tiberio....

SEYANO.

Su estimacion teneis, y ya os distingue.

CNEYO.

¿ Quiere tal vez hablarme de mi padre ?

SEYANO.

Yo ignoro los secretos de Tiberio.

CNEYO.

Mal informado estais para ministro.

SEYANO.

Juzgo vuestros temores infundados.

CNEYO.

Temo....

SEYANO.

¿ Por que ? decid.

CNEYO.

Criatura vuestra
es el Fulcinio cuya voz mañana
contra mi padre se alzará.

SEYANO.

¿ Y si fuera

para salvarle?

CNEYO.

No: para salvarle
necesarios no son los artificios,
cuando hay justicia, leyes y Senado.

SEYANO.

Pison tiene enemigos poderosos... .

CNEYO.

Nadie, Seyano, en Roma es poderoso
sino Cèsar y vos.

SEYANO.

Yo...?

CNEYO.

Sin embargo,
mi padre se halla al borde del abismo.

SEYANO.

No desechéis la mano protectora....

CNEYO.

La vuestra....de Pison...!

SEYANO.

Aquese orgullo

siempre la ruina fué de los Pisones.
Adios; pensad en que perderos puede.
En el arte difícil de la corte
puede Cèsar instruiros. Ya se acerca.

ESCENA 2.^a

TIBERIO, CNEYO.

TIBERIO.

Quejoso estoy de vos, Cneyo. Es preciso
que os conduzcan forzado a mi palacio.
Mi vista penetrante en vuestro pecho
admira la virtud. ¿Como un patricio
digno de sus abuelos generosos
por tanto tiempo me negó su vista?
Un Romano cual vos prenda es preciosa
del imperio.

CNEYO.

Señor...!

TIBERIO.

Solo á los reyes
conviene aquesse título fastuoso;
Cneyo, dejad del Asia a los esclavos
esos nombres de oprobio y servidumbre
que demanda feroz la tirania.
Yo no mando, á las leyes obedezco,
todo soy del Estado, y él no es mio.
Vos, que animado de virtud romana
aun palpitaís de libertad al nombre,
me servireis mejor que cortesanos,
hijos del interes, que solo estudian
del príncipe los vicios, y le venden
sus crímenes con nombre de servicios.

CNEYO.

Yo estaba lejos de preveer ¡oh César! este favor tan poco merecido.

Escusad mi ignorancia: permitidme una esperanza grata, y creer que debo este honor de mi padre á las hazanas y á su infortunio mismo.

TIBERIO.

Sus hazañas deben dejar memoria duradera, y no juzgo su mal irreparable. Ese afecto filial le honra y os honra. Mas ¿por que limitar vuestro destino? Quiero que al ver en vuestra frente pura la sublime virtud de que se olvidan, á avergonzarse aprendan los Romanos, y vuelvan al camino de la gloria que hollaban sus abuelos. El Senado, las fascas, los honores militares aguardan al magnánimo heredero de los Calpurnios. ¿Renunciáis acaso á un porvenir tan bello?

CNEYO.

¿Honores, César...?
¿Es tiempo acaso de pensar en ellos?
Solo me ocupa el porvenir de un padre.
Si os interesa mi dolor piadoso,
ay! salvad á Pison, y abandonadme.

TIBERIO.

Yo cuido de Pison, y... le amo. Empero Agripina es temible. Todos saben sus sospechas indignas, y aun se teme que acaso un crimen...

CNEYO.

César, os engañan.
 En su pecho magnánimo respira
 la alma de un héroe, la alma de su esposo.
 Aun el mismo Pison de ella se fia.

TIBERIO.

¡Ojalá corresponda á tal confianza!
 Ella pide venganza enfurecida,
 y si acaso Pison en las legiones
 encuentran acusadores. . .

CNEYO.

¡Y Seyano
 entre los senadores los elige!

TIBERIO.

Que! vos dudais del zelo de Seyano?
 Seyano es fiel, y sabe lo que pienso.

CNEYO.

Perdonadme si al nombre de Seyano...

TIBERIO.

Solo confiais en vuestros enemigos.

CNEYO.

Ah! temo por mi padre idolatrado.
 Permitid que de vos á vos me queje.

TIBERIO.

De mi!

CNEYO.

De vos. Al pueblo, no al Senado,
 toca la causa de Pison. El pueblo
 viera con interes la augusta frente
 de un senador como él, encanecido
 en el campo de honor, y respetara
 sus nobles cicatrices. Sus abuelos
 le defendieran a la par conmigo,
 y la inocencia de Pison triunfara.

TIBERIO.

«Cuanto os equivocais! iba Agripina con la urna de Germánico abrazada á demandar al pueblo su castigo, y cesaltar su furor con sus clamores. ¿Que hubiera sido de Pison? El odio fascina al pueblo fácil. El Senado es imparcial, y aun protector augusto de un senador. Adios: tranquilizaos. Agripina se acerca. Vuestro aspecto la irritará tal vez: yo me retiro para evitar sus lágrimas. Fiaos en el Senado y César que os estima.

ESCENA 3.^a

CNEYO, AGRIPINA.

AGRIPINA.

Tiberio al verme con terror se aleja, y el hijo de Pison aqui me aguarda!

CNEYO.

No os ofendais, magnánima Agripina, de que ose deteneros un momento.

¿Me escuchareis sin cólera y sin odio?

AGRIPINA.

Odio al crimen no mas. ¿Mi odio que importa? Ahora acabais de hablar con el que puede absolver à Pison ò condenarle.

CNEYO.

Todo entero á Tiberio hoy he mirado á mi pesar.

AGRIPINA.

Quien os forzaba...?

CNEYO.

El mismo,
 él, de Roma enemigo, y vuestro acaso.

AGRIPINA.

Si fueseis vos Seyano, callaria.

Mas sé vuestra virtud, y sé que un lazo
 no tratais de tender á mi franqueza.

Mas ¿que temeis cuando Tiberio me huye,
 y os llama à su favor?

CNEYO.

Todo, Señora,
 hasta el mismo favor que me prodiga,
 cuyo brillante deshonor no acepto.
 El tirano me adula, mas soy libre:
 él me manda que os tema, y yo os imploro.

AGRIPINA.

Ya escuchasteis mi voz en el Senado.

Visteis que respeté vuestros derechos,
 y estimé las virtudes de un Romano
 digno de mejor padre y de otro siglo.

Mas ¿que osareis pedirme en este dia
 sino mi estimacion?

CNEYO.

Piedad espero.

Pensad en que un amigo de Seyano
 va á acusar á mi padre. Y ¿quien le juzga
 El Senado monstruoso de Tiberio.

¿En la corte funesta del tirano
 de derechos habláis y de las leyes?

¿Hay por ventura leyes ni justicia
 donde no hay libertad? Tiberio en vano
 osa erigir sus vicios en virtudes.

Recusa al pueblo y al Senado manda.

Su odio proscribete, su favor deshonorate.

y mas le adoran quanto mas odioso.
El universo pálido le inciensa,
y temblando á sus plantas le maldice.

AGRIPINA.

Cneyo, decis verdad. Pero ¿que importa?
¿No soy yo de Germánico la viuda?
¿Al dividir en Siria las legiones
no se intentaba manchar su fama?
Ya no existe, y Pison fiero y rebelde
fuè su perseguidor. Tan solo puedo
separaros de un padre delincuente,
y cumplir mi deber.

CNEYO.

Su suerte es mia.
Con él irè al destierro ò al suplicio.
De él no me apartaré.—¿Sabeis, señora,
los resortes que en Siria dividían
las huestes de Tiberio, y no de Roma?
Ya sabeis que Germánico adoraba
la antigua libertad. Juzgad por esto
si el odio de Tiberio merecia.
Y.. ¿lo diré? Sospecho que mi padre
al sublevar en Siria las legiones,
solo cumplió las órdenes de Cèsar.

AGRIPINA.

Yo tambien lo imagino. En este dia
el bárbaro Tiberio en el Senado
mal ocultaba el tûnebre secreto.
Lamentaba la pèrdida de su hijo
con hipòcrita voz, mas le indignaba
el público dolor. Aun en la tumba
envidiaba à Germánico, y su llanto
revelaba su gozo parricida.

CNEYO.

¿Y aun, señora, dudais? Mas que el tirano

podeis sobre Pison. Con vuestro nombre no ocupeis á Tiberio y su Senado. Perdonad á Pison.

AGRIPINA.

¿Que osais pedirme? Yo mis ofensas propias perdonára; mas si no vengo á mi ultrajado esposo, ¿como, decid, me atreveré á nombrarle, y á llevar luto por su muerte? ¿Como bajar tras él á su injuriada tumba? Si Germánico á Roma hubiese vuelto, ¿que hiciera?

CNEYO.

Perdonar. — Decis, señora, que sabeis olvidar vuestras ofensas. No era su corazon menos sublime. El os ruega conmigo, y os conjura que no le arrebateis triunfo tan bello, que oigais á un hijo que os demanda al padre, que tiembla y gime, y anegado en llanto vuestra piedad, cual la del cielo, implora.

AGRIPINA.

Venciste, Cneyo. En tu dolor sublime pienso escuchar al hèroe á quien adoro. Nada temas; sus manes ofendidos nunca desmentiràn mi noble llanto. Alza: las faltas de Pison olvido, y ya le reconcilio con la sombra de mi esposo inmortal. Nuestros guerreros callaràn á mi voz. Tal vez forzado cayò Pison en el horror del crìmen. Virtuoso debe ser, siendo tu padre. Viva, y sè largo tiempo amor y gloria de su vejez; que viva, y que sea digno de tí, de Roma, y del perdon que obtiene.

ESCENA 4.^a

CNEYO.

CNEYO.

Respiro al fin: al seno de mi padre
corro á llevar tan plácido consuelo.
El mismo llega... El cielo aqui le guia.

ESCENA 5.^a

CNEYO, PISON.

PISON.

Hijo, ¿es verdad? Me dicen que Seyano
te trajo aqui por òrden de Tiberio.

CNEYO.

Tiberio conocerme pretendia.
Sin testigos le he visto: largo tiempo
me habló de mis abuelos, y me ofrece
vanos honores.

PISON.

Tiemblo, hijo querido,
al verte acariciar por el tirano.

CNEYO.

En vano sus favores me amenazan.
Aun sè apreciar de ciudadano el nombre.
Pero cuando Tiberio, algo confuso,
acallaba con arte mis dolores,
su corazon de bronce estaba mudo.

PISON.

¿Acaso tiene corazon Tiberio?

CNEYO.

Agripina despues me ha consolado,
escuchando mis ruegos.

PISON.

¿ Me perdona ?

CNEYO.

Os asombra....

PISON.

¡ Agripina !

CNEYO.

¿ De que nace
tal turbacion al pronunciar su nombre ?

PISON.

Hijo, ¿ no ves que es criminal tu padre ?

CNEYO.

Sè que contra Germánico formasteis
un partido en la Siria: mas su viuda
os perdona.

PISON.

Jamas ! Corre á decirla
que yo no acepto su imprudente gracia;
que á su perdon el criminal se opone,
que un hombre solo es dueño de mi suerte,
que yo á Tiberio pertenezco.

CNEYO.

¡ Cielos !

PISON.

¡ Ay del que torpe y vil llegó á inclinarse
á un tirano cruel ! A èterna infamia
y ruina irreparable se condena.

Jamàs impunemente se avergüenzan
los opresores, no: de sus delitos
rompen despues al instrumento dòcil,
y á sus miseros cómplices hollando,
los envilecen, premian y castigan.

CNEYO.

De crímenes hablais... Esas palábras
me hacen estremecer....

PISON.

Si, te horrorizo,
y te voy á abrumar .. Oyeme: sabè...
¿Decirtelo podrè?—Mas he podido.

CNEYO.

¿Que vais á revelar ...?

PISON.

Ay! tù me amabas,
y vas á aborrecerme.

CNEYO.

Aborreceros!

PISON.

Ya vas á penetrar en las tinieblas
de un misterio de horror. Escucha: el hijo
por Tiberio adoptado.. Te estremeces...!

CNEYO.

El hèroe detenido en su carrera...

PISON.

Digno, cual tù, de nuestra antigua pátria,
que pereció tan jòven en la Siria,
fué envenenado, yo lo supe...

CNEYO.

Dioses!

PISON.

Por órden de Tiberio.

CNEYO.

Aqueste crimen
es un dia mas del bárbaro Tiberio.
Mas vos, ¡oh padre...!

PISON.

Supe que un esclavo
á Tiberio vendido, al jòven hèroe
hizo beber la copa emponzoñada.

CNEYO.

Ah padre! Hablar debisteis, inmolarle
antes del negro crimen. . .!

PISON.

Si; debia
conservar su esperanza, á los Romanos,
sublevarme, luchar contra Tiberio,
al h eroe incauto revelar la trama,
salvarle y perecer. — Y yo cargado
con ignominia irreparable, eterna,
haré   su viuda cómplice del crimen,
cubriéndola con sangre de su esposo!
No: yo quiero morir, abandonado
de Roma, y de los Dioses y aun de mi hijo.

CNEYO.

Jamas! Ni el crimen separarnos puede:
jur e seguiros, y otra vez lo juro
por las mismas deidades ultrajadas.
vuestros remordimientos. . .

PISON.

Nada importan.
Yo no admito el perdon, quiero el suplicio.
Mañana me verás en el Senado
acusar   mi cómplice perverso,
oir mi sentencia, y pronunciar la suya.

CNEYO.

Podreis. . .?

PISON.

Leer  las órdenes horribles
de Tiberio. Ya  l sabe mi designio.
Si, tu padre infeliz con tal firmeza
quiere muriendo recobrar su gloria.

CNEYO.

Ella os anima, padre, y ella sola
puede inspiraros tan sublime aliento.

Mañana mismo, en la morada horrible
do omnipotente el crimen reina alzado,
revelad el misterio pavoroso,
y que Roma os escuche, y se confunda.
Y vosotras, deidades tutelares,
que bajo la república escuchábais
de Bruto y de Caton los juramentos,
haced que aqui la libertad renazca
entre la sangre vil de los tiranos,
para que haya virtud sobre la tierra!

ACTO 5.º

ESCENA 1.ª

TIBERIO, SEYANO.

SEYANO.

Dadas están las órdenes: ya empieza
la agitacion, y aqui los senadores
van á reunirse. El pueblo conmovido
corre al tumulto, dócil al resorte
que dirige su furia. Mas es fuerza
preveerlo todo, pues Pison á Cneyo
revelará tal vez la orden funesta
al mirarse atacado en su palacio.
He preparado amigos escogidos
que al empezar la sedicion, arranquen
de su pecho paterno al jóven Cneyo.
De Agripina y Germánico en el nombre
se entregará la victima indefensa

al público furor; y de Agripina
la pérdida con esto preparamos,
pues los amigos de Pison un día
por medio igual le vengarán.

TIBERIO.

Amigo,
no demos un ejemplo pernicioso.
Que el pueblo airado al criminal aterre,
pero que nunca ejerza de inmolarle
el derecho feroz.

SEYANO.

En el Senado
pretende hablar Pison...

TIBERIO.

Y di, ¿que espera?
¿Su sentencia mortal?—Oh! si esta noche
Pison se anticipase à su castigo,
dandose muerte por su propia mano!
¿Si no tuviese que temer los ecos
de su insolente voz!

SEYANO.

Entiendo, Cèsar.

TIBERIO.

Ve á socorrerle. Parte, fiel ministro,
vuelve la paz á Cèsar y al imperio.

SEYANO.

Sereis obedecido.

ESCENA 2.^a

TIBERIO.

TIBERIO.

Bien: perezca.
Renuncio al trono si renuncio al crimen.

Al odio y al atroz remordimiento
 me debo resignar. ¡Funesta vida!
 Es aquesto reinar! ¡Oh! ¿Que prestigio
 mantiene este poder insoportable
 á los vasallos y al tirano mismo?
 De los hombres señor un hombre solo
 decide á su placer de su destino,
 y les promete vida ó manda muerte.
 ¡Uno solo! ¡Uno solo! Y los Romanos
 ante él pálidos tiemblan...! Los Romanos...
 ¿Adonde están?—De Roma en los sepulcros.
 Dos solos quedan dignos de tal nombre,
 esa Agripina y de Pison el hijo.
 ¿Mas que son ya los padres de la patria?
 Solo un fantasma vil con el gran nombre
 de Senado. ¡Cobardes herederos
 del noble Decio y de Camilo y Quintio!
 Nietos de Emilio! Esclavos abrumados
 con el nombre inmortal de sus abuelos,
 buscan solo en mis ojos cada dia
 su voluntad, y pérfidos reservan
 su insolencia venal á los proscriptos,
 adulan con su voz, con su silencio,
 temen pensar y hablar si estoy delante,
 y sin avergonzarse envilecidos
 me hacen avergonzar de su bajeza.

ESCENA 3.^a

TIBERIO, SENADORES, LICTORES.

TIBERIO.

Velemos por la patria, Senadores.
 Roma se agita: un acusado ilustre
 amenazado en su palacio tiembla.
 De Germánico muerto los amigos

pueden con su venganza deshonrarle.
 La ruina de Pison jurò su viuda.
 ¿Se atreverá...? ¿Quien llega?

ESCENA 4.ª

DICHOS, AGRIPINA, GUERREROS.

AGRIPINA.

Es Agripina.

Ante vosotros hoy, padres conscriptos,
 he acusado á Pison.

TIBERIO.

Y que mas quieres?

Di.

AGRIPINA.

Perdonarle.

TIBERIO.

Perdonarle!

AGRIPINA.

Veo

que os sorprende mi voz. Dignaos oirme.

TIBERIO.

Habla.

AGRIPINA.

Cumplì con un deber amargo
 que apiadada abjuré. Pero me avisan
 que mañana el perdon puede ser vano.
 Estos guerreros á decirme vienen
 que á Pison amenazan los clamores
 del pueblo que demanda su cabeza,
 y que el Senado aqui deliberaba.

Vengo á decirle que á Pison no juegue.

A sus remordimientos le abandono.

Augusto perdonò: como él clemente

hoy perdona Germánico. En su vida
 fuè de sus enemigos el apoyo.
 Su viuda es digna de él cuando le imita.
 Basta á su sombra vuestro tierno llanto.
 Le venga el luto universal de Roma.
 Aunque á soberbia mi perdon se impute,
 juzgo que un sacrificio sanguinario
 la paz turbára de su heroica tumba.

TIBERIO.

Que escucho? y el Senado silencioso
 sufre su voz! Romanos degradados,
 á servidumbre vil siempre dispuestos,
 ¿ consentis que Agripina caprichosa
 de vosotros se burle y de las leyes?
 No: que Pison se justifique, ó muera.
 ¡ Cubrir á un senador de eterna infamia
 con un perdon salvándole la vida!
 No: respetad su gloria, y sobre todo
 la inflexible equidad, y conservemos
 la dignidad augusta del Senado.
 El perdon insolente de Agripina
 nada tiene magnánimo ni bello.
 Si es culpado Pison, os pide un crimen
 contra la causa pública y las leyes,
 y si no es criminal, contra su fama.

ESCENA 5.^a

DICHOS Y CNEYO.

CNEYO.

Senadores...!

TIBERIO.

Venid, y con Tiberio
 defended el honor de vuestro padre.

Agripina se atreve á perdonarle,
cuando tal vez asesinarle intenta.

AGRIPINA.

Yo! Dioses! Yo, Tiberio!

CNEYO.

¿A que abatiros

con defensas? El nombre de Agripina
basta á librarla de tan vil sospecha.

No temeis los secretos de mi padre.—

Pero, padres conscriptos, me arrebatan
del techo en que nació. Do quier escucho
los clamores del pueblo desatado

que maldice á mi padre, y clama fiero

„Agripina! Germánico! venganza!

„Muera Pison!” y callan á Tiberio.

Sé que aqui estais, y vengo consternado

á invocar vuestro apoyo, la justicia

y las augustas leyes tutelares.

Enviad vuestros lictores y tribunos,

y que Pison, bajo la noble égida

del Senado su juez, aqui parezca

y hable con libertad. Si: que Tiberio

le oiga en vuestra presencia, senadores.

AGRIPINA.

Si, me atrevo á jurario: trama impia

se urde contra nosotros, y se ultraja

á Germánico, á mi...

TIBERIO.

Y aun mas á Cèsar,

pero él desprecia la tormenta vana.

Nada temais. Envíe socorros pronto...

CNEYO.

Socorros!

AGRIPINA.

Y con quien?

TIBERIO.

Partió Seyano...

AGRIPINA.

Seyano!.. oh Dios!

CNEYO.

Seyano!

AGRIPINA.

Compañeros
del ilustre Germánico, ¿quien puede
vengar su muerte, cuando yo perdono?
Oh Cneyo! no penseis que os abandono.
El ominoso Dios aun yace oculto,
mas en Pison la víctima ya miro.
Corramos á salvarle del socorro
bárbaro de Seyano....

CNEYO.

Cielo! El llega.

AGRIPINA.

¿Que sangriento puñal brilla en su mano?

ESCENA 6.^a

DICHOS Y SEYANO.

SEYANO.

El puñal que Pison se hundió en el seno.

AGRIPINA,

Por que causá? Decid...

SEYANO.

Debeis saberla.

TIBERIO.

Habla al Senado, à César que te escucha.

SEYANO.

Aqui está Cneyo. Ya sabreis que el pueblo
ecsaltando en sus gritos furibundos

de Agripina y Germánico los nombres,
un crimen intentaba. Yo seguido
de la guardia valiente del pretorio
entro al palacio de Pison. El piensa
ver los amotinados, y se hiere.

Mas conoce mi voz, y moribundo,

„Perezco, dice, la traicion me inmola.

„Tú sabes mis contrarios. Yo les pruebo

„que al menos sé morir como Romano.

„Diles que triunfan. Este hierro toma,

„llévalo á mi hijo...

CNEYO.

„Dámelo.

SEYANO.

„En mi ruina

„no imploré la clemencia de Tiberio.

„Mas dile que al morir encargo mi hijo

„á su alta proteccion.”—Dice y espira.

AGRIPINA.

Ya lo habeis escuchado, senadores.

Atacan á Pison, corre Seyano

á darle ausilios, y Pison se inmola.

Solo Seyano presenció el suceso,

y las palabras de Pison nos dice.

Pison habló de tramas á Seyano,

y este tiene el puñal que le dió muerte.

TIBERIO.

Ya mi bondad á fatigar empiezas

con sospechas tan pèrfidas. Seyano

me es necesario; que lo sepan todos.

Yo le honro justo, y quiero que se le honre.

En cuanto al voto de Pison, lo acepto.

Cneyo tiene virtudes que yo estimo.

Conserve la fortuna de su padre,

y acabe aquesta causa escandalosa.

Creo que Pison era incapaz de un crimen.

CNEYO.

César, os engañais: era culpado.

AGRIPINA.

Ah Cneyo! ¿le insultais en el sepulcro?

SEYANO.

¿Sabes tú sus secretos por ventura?

CNEYO.

Como Seyano vil los de Tiberio.

TIBERIO.

Un ingrato serás? Cneyo, me insultas?

CNEYO.

Senadores, mi padre fué culpado,
y Tiberio mas que él.

AGRIPINA.

Cielo!

TIBERIO.

Yo!

SEYANO.

César!

CNEYO.

Si, vos, Tiberio. A un padre muerto acuso,
y si le amo vereis. Le perdonaba
Agripina magnánima. Mi padre
al saberlo, abrumado, confundido,
se ha revelado cómplice de César
en la muerte del héroe. Si; Tiberio
el sacrificio bárbaro dispuso.
Mañana iba Pison á revelarlo,
y lo supo Tiberio, y esta noche
se dió muerte Pison!

AGRIPINA.

¡Que abismo horrible!

SEYANO.

Vil impostor..!

CNEYO.

Ministro necesario,
¿de Pison al cadáver ya quitaste
las órdenes horribles de Tiberio?

SEYANO.

Que pretendes? La muerte?

CNEYO.

No me espanta.

César está, cual yo, firme y tranquilo.
Senadores, temblais, y silenciosos
esperais de Tiberio una mirada
que os dicte mi sentencia. Y tú, tirano
profundo y vil, de crímenes sediento,
azote, oprobio de la triste Roma,
goza en tu corazon de mis tormentos.
La sombra de Germánico sublime
te eclipsa en tu vil corte. Atroz degüellas
á tu cómplice, y pérfido me brindas
oro teñido en la paterna sangre.
Guarda para Seyano tus favores,
precio siempre del crimen. Yo no acepto
nada, monstruo, de tí, nada, ni muerte.
El puñal de Pison será mi herencia.
El me basta... Infeliz! ya te demudas!
Le volveré á tus manos empapado
en sangre generosa. Los verdugos
vengarán a mi padre asesinado.
Aun respira Seyano: tú algun dia
castigarás sus crímenes infames.
He vivido virtuoso, y muero libre —
Mi despedida no olvideis.—Ya es tiempo
de poner á Tiberio entre los Dioses.

Se hiciera.

FIN.

Vidal

